

NAIA ROMO

Nao Trinidad

PRÓLOGO

Llamaron a la puerta.

Una, dos, tres veces.

Arturo estaba tumbado en su cama. No tenía ninguna intención de levantarse y abrir la puerta.

Sería un caballero buscando a su padre, o el cartero repartiendo alguna carta. Ninguna de las

dos opciones le interesaba.

Llamaron a la puerta de nuevo.

Suspiró, desde que su padre había desaparecido, su vida se había convertido en una pesadilla.

Las amenazas y ataques a su familia se habían multiplicado. Y sólo él podía protegerles. Era el

único varón restante en su familia.

Un varón para proteger a sus dos hermanas y a su madre. Cecilia se casaría el mes siguiente, y

sería una boca menos a la que alimentar.

Un cuerpo menos al que proteger.

Volvieron a llamar a la puerta. La aporrearón.

- ¡Voy! – dijo. Se vistió y abrió la puerta. Lo que estaba aporreando la puerta no era un cartero, pero llevaba una carta, sino un caballero. Era imposible identificarle, su casco cubría su cara.

Sería un caballero bajo el mando del señor.

Su familia llevaba varios meses sin dar gran cantidad de su cosecha a Carlos De Mares, el noble que les había arrendado sus tierras, para trabajarlas. Pero ellos tampoco habían comido.

La familia Del Río había pagado su parte del trato: un diez por ciento de la cosecha.

Había sido una mala cosecha. Y se había mezclado con la desaparición de su padre.

- Es usted el mayor varón de la familia Del río, ¿no es así? - dijo el caballero, con un tono superior en su voz, como si el hecho de ocultar su rostro le diera importancia.

En cierto modo, así era

- Sí, soy yo, - dijo Arturo, ocultando su sensación de inferioridad en la armadura de su conciencia. El caballero descabalgó y le tendió la carta. Tras esto, volvió a montar su caballo y se fue sin despedirse.

Arturo dudó en si abrir la carta bajo el refugio de su casa o leerla ahí mismo, en la puerta de su morada. Abrió la carta y comenzó a leerla. Decía lo siguiente:

Estimado Joven Del Río,

He sido informado de que en un barco que partirá el próximo septiembre se encontrará un hombre llamado Luis de Perales, un viejo conocido mío. Has de embarcarte con él en su misma nave y posteriormente, deshacerte de él.

Tengo, además, contactos que viven a tu alrededor, que harán cualquier cosa por seguir teniendo mi protección. Y no sería la primera vez que matan a una familia entera. Si decides partir, tu familia será protegida hasta tu regreso.

No es una expedición peligrosa. Deberás buscar a un portugués con Fernando de Magallanes como nombre.

Las naves saldrán, como ya he dicho, este septiembre, desde Sanlúcar de Barrameda. Infórmese.

Espero tener su colaboración, joven.

Cerró la carta con brusquedad. Ya le habían amenazado con matar a su madre o hermanas, pero nunca con aniquilarles a todos. Pensó.

Pensó.

No tenía más opciones. Debía irse y buscar a ese tal Luis de Perales para matarle.

No querría ver a sus hermanas Lucía o Cecilia muertas, y tampoco a su madre.

Su madre y sus hermanas estaban en el huerto. No le gustaría tener que despedirse. Cogió un zurrón y lo llenó de provisiones: pan, queso y leche. Lo cerró. Cogió una navaja y salió de la casa.

- ¡Arturo! ¡Arturo! - gritó su madre. No tenía el valor de girarse.

- Cuídate, madre- respondió, de espaldas a su familia. Continuó caminando, con el paso más rápido. Giró la esquina y se derrumbó en la tierra.

Comprobó que no había nadie y lloró.

Lloró.

Debía hacerlo. Debía abandonar a su familia para poder recuperarla. Para recuperarla.

Se secó las lágrimas y reemprendió la marcha. Miró hacia atrás y sin darse cuenta, dio el último vistazo a lo que había sido su casa.